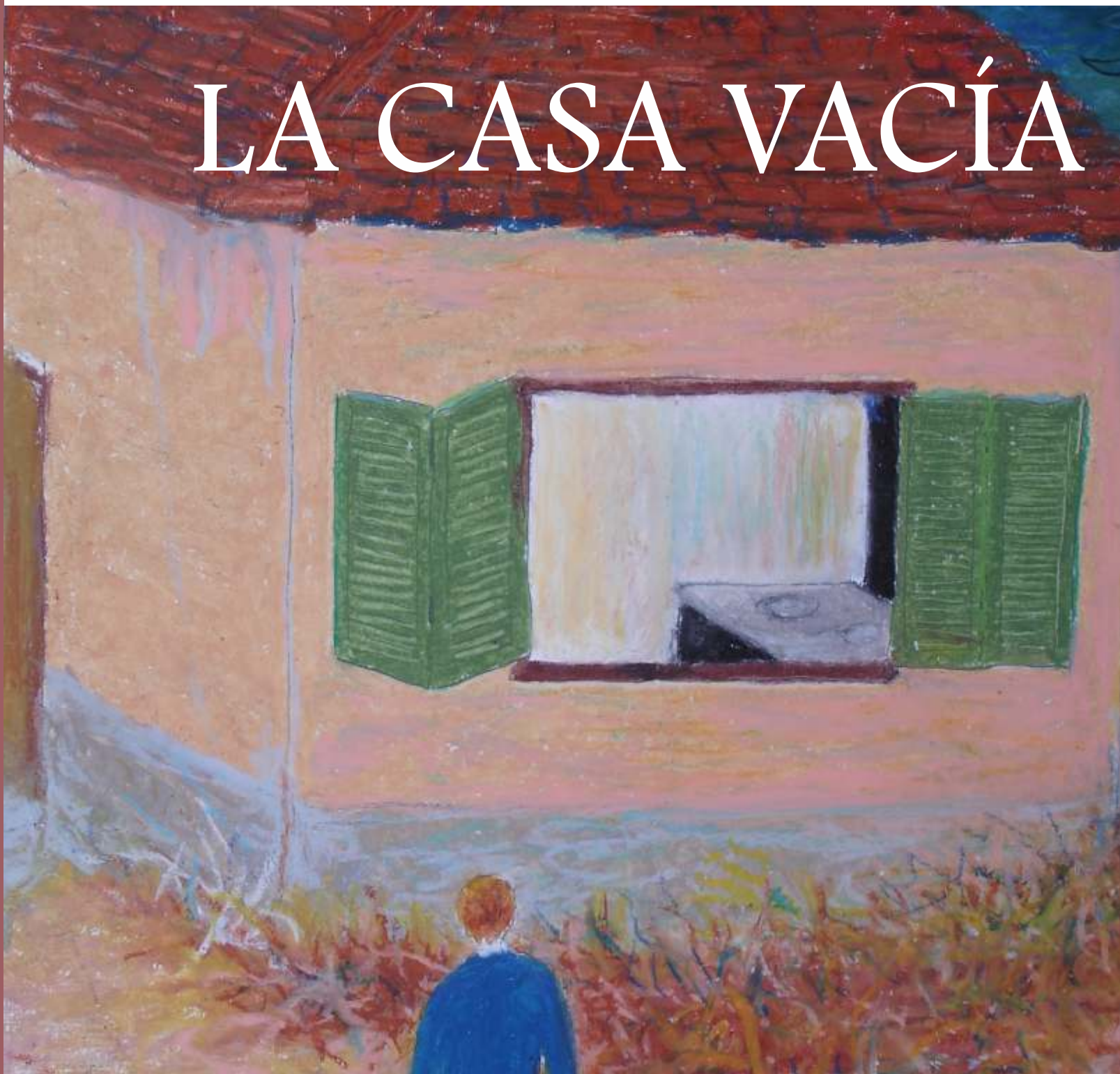


CUENTOS PARA ENTRETENER EL ALMA

# LA CASA VACÍA



Fernando Olavarría Gabler

118



Atribución - NoComercial - SinDerivadas 2.0

Unless otherwise specified,  
all content is made available  
under the Creative Commons License.

Inscripción Registro de Propiedad Intelectual N° 37100. Chile.  
© Fernando Olavarria Gabler.

CUENTOS PARA ENTRETENER EL ALMA

# LA CASA VACÍA

Fernando Olavarría Gabler



# LA CASA VACÍA

---

Relato escrito en unas páginas amarillentas encontradas en el fondo de un cajón de una antigua cómoda.

*M*i nombre es Eduardo García Öfterdingen y soy oriundo de Valparaíso, ciudad donde ejerzo mi profesión de abogado. Siendo joven y soltero, decidí, el día de mi cumpleaños, hacerme un auto-regalo, y este es el principio de algo asombroso e increíble que me sucedió y paso a contarles a continuación.

Al leer en “El Mercurio” de Valparaíso, la hoja de los avisos económicos correspondiente a “propiedades”, me llamó la atención el bajo precio en que se vendía una casa situada en las vecindades del puerto, a una distancia relativamente cerca de donde yo estaba. Me contacté con el corredor de propiedades para ir a visitarla y éste me respondió que no era necesaria su presencia porque la casa no estaba con la puerta de calle cerrada con llave, ni había candado en la puerta de la verja. Anoté la dirección y después de recibir algunas instrucciones que me facilitarían la llegada, partí en mi automóvil con una agradable sensación de ansiedad y optimismo.

Después de internarme en un bosque de pinos por un camino polvoriento, llegué a una explanada de árboles en la cual no había más de tres casas, y una de ellas era la que me interesaba. Detuve mi automóvil frente a un muro de poca altura coronado por una reja de hierro cuya puerta estaba entreabierta sin cadena ni candado alguno. Un extenso jardín seco y abandonado, dejaba ver al fondo, una casa de un piso con amplias ventanas y un tejado con tejas planas. Abrí la puerta con cierta dificultad debido a que sus bisagras estaban bloqueadas por la herrumbre y llegué a la puerta principal. Avisé mi

presencia golpeando la puerta con los nudillos pero nadie respondió. Después de algunos instantes de espera grité si había alguien en la casa pero tampoco hubo respuesta. Entonces giré la manilla, abrí la puerta y entré.

En el interior no había mueble alguno, a excepción de la habitación situada a un extremo de la casa donde vi una vieja cocina a leña, una mesa desvencijada y tres sillas. La pieza tenía una amplia ventana, pero carecía de marcos y vidrios, solamente dos postigos laterales colgaban afuera a cada lado. Desde allí se podía contemplar la continuación del árido jardín y al fondo, el bosque de pinos. Detrás de los árboles, divisé, entre las ramas, reflejos brillantes de luz y eso me hizo pensar que más allá debería existir un lago o una laguna.

Inspeccioné las demás habitaciones y el ruido de mis pasos retumbaba en las paredes cubiertas por añosos papeles desteñidos por el tiempo.

El silencio era casi absoluto. Solamente se oía el aire de mi respiración que salía y entraba por mi nariz y el tímido trino de un pajarillo que en esos momentos volaba hacia el bosque. La quietud era maravillosa y me cautivó de inmediato.

La compra se efectuó y viajé por segunda vez a la casa vacía. Ahora era dueño de esa propiedad, pero ¿cuáles eran sus límites? No existían planos de ella, el corredor de propiedades no los tenía.

## LA CASA VACÍA

---

Llegué, pero esta vez no pasé al interior de la casa sino que continué caminando para conocer el fondo del sitio.

Pasé frente al ventanal de la cocina sin marcos de ventanas, con los postigos verdes a los lados, y dirigí mis pasos hacia el bosque. Allí había un sendero y seguí por él. Como había sospechado, el sendero, después de algunas curvas, bajaba en zigzag hacia una gran laguna circundada por el bosque que la ocultaba. En la orilla había un muelle de madera, pero no vi ninguna embarcación.

Regresé feliz a la casa y cuando estaba aproximándome a ella percibí un exquisito olor cillo a comida que me abrió el apetito. Al mismo tiempo, de la ventana de la cocina se oían ruidos de cacerolas y otros utensilios. Un bebé lloraba y una mujer con fuerte voz, le decía a un niño que no molestara al gato porque lo iba a rasguñar. Detuve mi andar y me quedé inmóvil escuchando y tratando de ver a través de la ventana lo que sucedía en el interior. Pensé que, mientras había hecho la caminata hasta el lago, alguien que vivía cerca, había entrado a la casa para utilizar la cocina. Me acerqué lentamente y atisé por el umbral pero la cocina estaba apagada y no había nadie en la pieza. Supuse entonces, que la mujer y el niño habían ido hacia los otros aposentos. Decidí entrar. Recorrí todas las habitaciones pero estaban vacías. Tan vacías como la primera vez que había visitado ese lugar.

Regresé consternado a la ciudad. No podía dar una explicación razonable a lo que me había sucedido. Pensé en un espejismo acústico. Así, como hay espejismos ópticos, también pueden haber espejismos acústicos -me dije-, eso me calmó y no volví a pensar en este hecho excepcional.

A la semana siguiente arrendé una camioneta para fletes y la cargué con una mesa de comedor, sillas, una cama, un ropero, una cómoda y un sofá. También compré unas plantas de jardín que me dispuse a plantar de inmediato. Me di cuenta entonces de que el agua potable estaba ausente y por lo tanto no tenía posibilidad de regarlas. Me puse a buscar alguna cosa que sirviera como un balde para traer agua de la laguna y para suerte mía encontré un viejo tacho de manteca que le habían puesto una abrazadera. Fui con él hacia el muelle para llenarlo con agua y cuando estaba llegando, divisé a un joven que caminaba bordeando la orilla. Portaba tres jaulas con hermosos pájaros en su interior. Lo saludé y me aproximé a él.

-¿Has estado cazando pájaros?- le pregunté para entrar en conversación.

El joven me respondió afirmativamente.

-¿Qué haces con ellos? ¿Los vendes en la ciudad?

-No- me dijo. - Los cazo y después los suelto.

-¿Los echas a volar?

-Así es.



## LA CASA VACÍA

---

-Entonces ¿En qué consiste el negocio?

-No es para ganar dinero, sino que se trata de un placer espiritual.

-No comprendo ¿En qué consiste ese placer espiritual?

-Es difícil explicarle -me respondió- pero si usted tiene interés en saber, le diré que yo no soy chileno. Soy extranjero. Nací en un país situado al Este de Europa, en una pequeña ciudad donde el edificio principal era una magnífica iglesia. En ella se casaron mis abuelos, mis padres y a mí me bautizaron. En la torre principal donde estaba el campanario, la cúspide había sido adornada, no con una cruz, como las otras torres, sino con un gallo de oro. Era un gallo de oro macizo de gran tamaño y cuando el reloj del campanario daba las horas, el gallo giraba sobre su pedestal deteniéndose en el lugar de la hora anunciada porque los números estaban situados en la base del pedestal. En las grandes fiestas o acontecimientos, nuestro gallo giraba varias veces expresando su alegría a todos nosotros. Pero llegaron los enemigos, mataron a los hombres, se llevaron a las mujeres y los niños quedaron abandonados a su suerte. Yo me salvé milagrosamente escondiéndome en una leñera. Cuando salí de allí, el enemigo se había ido, habían incendiado las casas y destruido la iglesia pero antes se habían llevado el gallo de oro. Unos vecinos que sobrevivieron me adoptaron. Decidieron ir a vivir al lugar más alejado que pudieran concebir, y eligieron a Chile.



Desde entonces me he entretenido cazando pájaros silvestres, después los pongo en libertad y pienso que volarán a sus nidos, a sus árboles, de igual manera que nosotros, que fuimos alejados de nuestra tierra. Algún día llegaremos otra vez a ella y saludaremos con gran regocijo al gallo de oro que también habrá regresado y estará en la cúspide de la torre de nuestra querida iglesia...

Me quedé en silencio, meditando en todo lo que había escuchado.

Después de una pausa, me atreví a preguntar:

¿Qué representaba el gallo de oro en la torre de la iglesia? Por cierto que era un símbolo. ¿Qué significa para ti?

-El Espíritu Santo.

El joven se alejó sin despedirse. Su imagen se perdió en la sombra, entre las ramas de los árboles, y no lo volví a ver.

Llegué al muelle y llené el tacho con agua. Me llamó la atención una lancha que estaba atracada.

Subí por el sendero con el tacho repleto de agua hasta los bordes. A pesar de su gran peso no me costó llegar hasta el jardín. Era joven y fuerte y no sentía cansancio. Cuando iba subiendo, divisé a una persona que venía en sentido contrario. Traía en su mano un viejo maletín, similar a los que usan los “gasfiter” o los que utilizaban los médicos de antaño en sus visitas a los domicilios. Tuve la idea que el corredor de propiedades había enviado a un plomero para solucionar el problema del corte del agua potable de la

casa; cuando estuvo frente a mí, lo saludé y le pregunté si era el plomero.

-No- me dijo. Pero soy algo parecido. Soy médico. Vengo de su casa. La niña padece solamente de un fuerte resfrío. Nada preocupante. Le di las indicaciones a la mamá y receté unos medicamentos que la restablecerán rápidamente.

Me quedé sin hablar. ¿Qué niña? ¿A qué mamá se refería?

-Lo acompaño- le dije, porque me interesaba averiguar más sobre ese extraño asunto.

-¿Usted ejerce su profesión en esta zona?

-Sí. Me agrada practicar la medicina en las zonas rurales. Cuando jubilé decidí vivir en este distrito.

-¿Vive en las cercanías del lago?

-No. No sé si usted tiene conocimiento que el lago está conectado al mar por un ancho río navegable.

Cuando llegamos al muelle el doctor desató la lancha e hizo funcionar el motor. Se despidió con la mano en alto. ¡Cualquier cosa que necesite, ella sabe cómo ubicarme!- me gritó para sobreponerse al ruido del motor. Aceleró velozmente y se perdió de vista en una curva del bosque que orillaba el lago.

El tacho lo había dejado en el suelo mientras acompañaba al médico hasta el muelle. Lo cogí y subí lentamente por el sendero pensando en todo lo que me había sucedido. Cuando estaba cerca de la casa nuevamente oí el llanto del bebé, el ladrido del pequeño perro



y la risa de un niño que jugaba con él. Pasé junto a la ventana pero no me atreví a mirar hacia el interior. Regué las plantas y fui hacia el automóvil. No deseaba estar más allí hasta no tener bien ordenados los pensamientos dentro de mi cabeza. Decidí ir a almorzar a Valparaíso. Cuando abrí la puerta del automóvil salió de la casa vecina frente a la mía, una persona que se aproximó a donde yo estaba. Después de saludarme se presentó y me preguntó si iba a la ciudad. Como le respondí afirmativamente me pidió si lo podía llevar a él ya que tenía su automóvil en “*panne*”. Lo invité a subir y partimos.

Como tema de conversación comenté lo bien mantenida que estaba su casa de dos pisos, ya que se veía de muy buen aspecto en relación a las casas vecinas.

Me respondió que le iba bastante bien en su profesión.

-¿Cuál es su profesión?, le pregunté.

-Soy médico veterinario.

-¿Trabaja en esta región? ¿Cuál es su especialidad?

-Mi especialidad es la ganadería.

-¿Ejerce en los fundos o en las ferias de los animales?

-No. No es así. Mi labor se efectúa en la Bolsa de Comercio.

-¡Sorprendente! Exclamé en voz baja.

-Es una provechosa actividad. Allí taso el ganado que se transa en las acciones de diversas compañías ganaderas del Sur y de la zona

central del país. Las acciones suben o bajan según los informes que doy referentes a las diversas razas, su productividad lechera, calidad de carne etc. Comprenderá que mis datos son importantes para los interesados en la compra y venta del ganado.

-Por supuesto. Respondí.

-Si fuera tan amable ¿podría dejarme en esta esquina? Me queda a pocos pasos de la Bolsa de Comercio.

Antes de despedirme se me ocurrió preguntarle si conocía a alguien que vivía en mi casa o que había habitado en ella, antes de haberla comprado.

-Esa casa ha permanecido muchos años abandonada -me dijo- y en el estado en que está, no creo que nadie se haya atrevido a vivir en ella. ¡Adiós! Muchas gracias por haberme traído a la ciudad. Espero que el desperfecto de mi automóvil no sea serio para no tener que molestarlo nuevamente.

Después de esto se fue caminando por la vereda de una calle principal de Valparaíso y lo perdí de vista al mezclarse con los demás transeúntes.

Pasaron los días y solucioné el problema del agua potable. En cuanto a la luz, me conformé con encender velas en hermosos candelabros que compré en una casa de antigüedades.

Una mañana, cuando regresaba después de bañarme donde estaba el muelle, nuevamente escuché desde lejos las risas del niño,

y de la mujer que lo reprendía alegremente por alguna travesura divertida que había hecho. El aroma de una sabrosa comida salía por la ventana. Entonces me envalentoné y llegando al alfeizar atisé hacia el interior.

Allí estaba ella, con un delantal, frente a la cocina. En esos momentos llevaba un plato de sopa para el niño que se había sentado junto a la mesa. La mujer, al percatarse de mi presencia, no pareció estar sorprendida, con una alegre sonrisa en sus labios me dijo que entrara y me invitó a almorzar. Mudo de asombro no supe qué contestar y como un sonámbulo di la vuelta, entré por la puerta principal y llegué a la cocina...

Lo que sucedió en un instante fue algo tácito y racional. Al niño le dieron el plato de sopa que llevaba la mujer y luego, llenando otros dos platos los puso sobre la mesa y se sentó.

-Sírvasse antes que se enfríe- me dijo alegremente. Entonces me senté y cuchara en mano principié a tomar una sopa de un sabor exquisito. Ella me observaba y sonreía, y yo con cara, no de tímido sino de asustado, la miraba de reojo y trataba de sonreír o decir algo.

Quise dar un cumplido alabando la sopa pero me atoré y me puse a toser violentamente. El niño, sorprendido ante mi inesperada actitud, empezó a reír nerviosamente, y yo me levanté de la mesa y seguí tosiendo a más no poder en un rincón de la pieza. Cuando pasó la crisis volví a sentarme y pedí disculpas con una voz ronca. Luego



## LA CASA VACÍA

---

de sonarme seguí con la sopa. La mujer se puso de pie y trajo una bandeja con frutas. Después fue a un dormitorio porque la pequeña se había despertado. Poco a poco se restableció la calma. Le pregunté al niño cómo se llamaba.

-Me llamo Manuel -respondió.

-Y tu mamá ¿cómo se llama?

-Mi mamá se llama Mamá.

Ante esa respuesta decidí no insistir.

La bebita se había quedado dormida y la mamá regresaba al comedor.

-Ha estado enferma, comentó, está inquieta y no puede conciliar el sueño.

-¿Qué edad tiene?

-Dos años.

-¿Cuál es su nombre?

- Se llama Serafina.

-Es poco usual. Lindo nombre para una niña. ¿Es también el suyo?

-No- me dijo- y sonrió alegremente.

El niño había salido al jardín y nos quedamos solos. Era una mujer hermosa, Su cuerpo espigado irradiaba armonía. Una larga cabellera ondulada llegaba hasta los hombros y sus ojos... ¡Qué ojos! Eran grandes y bellísimos. Expresaban una gran pureza. Sus

pupilas comunicaban algo maravilloso, imposible de describir. Su rostro ovalado y su sonrisa invitaban a sentir un éxtasis de infinita bondad y ternura. No había impedimento alguno para caer fascinado ante esa mujer y sentí al instante un amor profundo por ella, por sus hijos, por todo lo que la rodeaba.

Cuando un hombre se enamora, lo que más desea es estar cerca de la mujer amada.

Me despedí de ella y al llegar a la ciudad no podía concentrarme en mis actividades profesionales porque sólo pensaba en regresar. Volví al día siguiente con gran temor de encontrar la casa vacía. Pero no. Estaba allí. Llegué con comestibles, un regalo para Manuel y un ramo de flores para esta mujer que agradecía todos los obsequios con una sonrisa encantadora. Mientras adornaba un florero con las flores que le había donado, yo la contemplaba con gran ternura. Entonces, rompiendo mi gran timidez le pregunté cómo se llamaba.

-¿Cuál es el nombre que más te agrada?

La pregunta me sorprendió, no por lo evasiva sino porque me había tuteado.

-Hay muchos nombres que me agradan pero no sé cual de ellos elegir.

-Pues, no elijas ninguno o elíjelos a todos- me respondió riendo.

## LA CASA VACÍA

---

Desde entonces fuimos amigos. Nos dedicamos a reparar la casa y reponer las plantas del jardín. Ella trabajaba junto a mí con gran entusiasmo. Decoramos las piezas con nuevos papeles interiores. Pintamos las murallas y repusimos los marcos ausentes en el ventanal de la cocina.

El jardín estaba precioso y Manuel jugaba con su perro en los senderos que estaban entre las flores. Serafina se había restablecido de su enfermedad y correteaba en el césped sin alejarse de mamá.

En los días de verano íbamos a bañarnos al lago. Manuel había aprendido a lanzarse de piquero desde el muelle. Pipo, el foxterrier, también nos acompañaba y le ladraba a su amito cuando se lanzaba al agua. En cuanto a Putzi, el gato, no bajaba al lago, se quedaba durmiendo cerca del calor de la cocina, reponiendo las fuerzas después de sus correrías nocturnas.

Éramos felices.

Dejé de trabajar en la ciudad y me fui a vivir a la pequeña casa del bosque.

Pasaba el tiempo. Los niños iban a una escuela rural cercana a nuestra casa. Todos los días los iba a dejar en mi automóvil y los traía de vuelta en la tarde. Siguió pasando el tiempo. Después de algunos años, los niños -ahora adolescentes- tuvieron que continuar sus estudios universitarios en Valparaíso. No te cansaré lector con tantos detalles. En aquel tiempo yo había comprado una lancha y me

entretenía paseando con mi mujer en el lago. Descubrí que el lago no tenía salida al mar “por un amplio río” como me había dicho el médico que había visitado a Serafina cuando había estado enferma.

Recuerdo una vez que volvíamos en automóvil de la ciudad. El sol, maravillosamente grande, emitía destellos dorados que adornaban el bosque de pinos. Era un ambiente que me incitaba a hablar, a preguntar más sobre la vida de mi mujer. Detuve el automóvil y me apresté para efectuar un exhaustivo interrogatorio. Me quejé manifestándole la incertidumbre que me causaba el no tener conocimiento de su verdadero nombre. Como ella se había negado a decírmelo yo había optado por llamarla Mujer, y así la estaba llamando por más de quince años. Ella, en esos momentos, miraba los pinos de tonalidad dorada que estaban cambiando a una coloración rojiza. Dio vuelta el rostro hacia mí y sonrió dulcemente. Inspiraba tanta ternura que no pude seguir. A lo único a que atiné, fue besarla con gran pasión.

Hice funcionar el motor del automóvil y nos dirigimos a nuestro hogar.

Íbamos en silencio, cada uno con sus propios pensamientos. Los míos no me habían abandonado. ¿Quién era ella? ¿De dónde había venido? ¿De quién eran sus hijos? Yo los amaba como si fueran míos. El tono de su voz, su acento, no indicaban un origen extranjero. Eso sí, me llamaba la atención que hablaba muy poco. La

mayoría de las veces me miraba y yo comprendía de inmediato lo que expresaban sus ojos. Me decía: Vamos a trabajar al jardín, o, saquemos del auto las cosas que compramos en la ciudad o, está listo el almuerzo, etc. Cuando llamaba a Putzi, el gatito, para darle su plato de leche, me parecía oír una voz con acento germano. ¡Putzi Putzi Putzi! El gato no se hacía de rogar y llegaba maullando con la cola en alto. Después de ese llamado, silencio. Ni una palabra más...

Cuando reía lo hacía con muchas ganas. Era una risa franca, alegre, que contagiaba a todo su alrededor, pero ¿llorar? Nunca la vi llorar. Ni siquiera observé alguna vez un rostro de aflicción. ¿Quién era ella? ¿Un personaje de otro mundo? ¿Un fantasma? ¡Imposible! Sabía cocinar muy bien y los quehaceres diarios de la casa los hacía a la perfección. Era “la esposa ideal” en ese sentido.

En cuanto al amor, nos amábamos intensamente. El uno para el otro. No había necesidad de que uno de nosotros cediera para que hubiese armonía. En cuanto a las reuniones sociales, ella las eludía. Una vez visitamos al vecino, el de la casa de dos pisos que estaba frente a la nuestra. ¿Te acuerdas? Era el médico veterinario que trabajaba en la Bolsa de Comercio. Éste se mudaba a la ciudad y fuimos a despedirnos de él.

La conversación fue animada. El dueño de casa nos contó sobre sus proyectos y otras cosas más. Durante el tiempo que estuvimos como visitas, los únicos que hablamos fueron el

veterinario y yo. Mi mujer permaneció callada escuchando, escuchando y contestando en forma esporádica con monosílabos si le preguntaban algo.

¿Era tímida? ¿Tenía dificultad en la expresión del lenguaje? Existe una enfermedad nerviosa en que la persona que la padece no puede hablar delante de las personas. Se bloquea y enmudece. No era el caso de Mujer, ella respondía sonriente con escasas y precisas palabras.

Dejamos la casa. No quise pensar más en el escabroso tema. Era feliz. ¿Qué más podía desear? No olvidaba que había elegido un lugar solitario para esparcir mi espíritu en la soledad y el silencio. Podía pensar con extrema libertad, sin distracción alguna. Escribir, pintar, y rezar en un jardín maravilloso.

Esto trajo beneficiosas consecuencias. Las poesías, cuentos y novelas que nacieron en este pequeño paraíso terrenal, tuvieron aceptación y se editaron con gran éxito literario. Después de ello no hubo angustias económicas que pudieran marchitar nuestra felicidad. Pero la felicidad, palabra sagrada y de origen celestial, no es de este mundo. Me di cuenta de que me estaba poniendo viejo. Añoraba con nostalgia mi juventud, que marchaba a la par con mi fuerza física e intelectual. Ya no habría sido capaz de subir el tacho de manteca lleno de agua desde el muelle hasta la casa, como lo había hecho bastante tiempo atrás. Ahora, hasta me costaba bajarme

del automóvil. Estaba transformado en un anciano y caminaba por una senda que nadie puede eludir. Recurrí a un bastón para darme más seguridad ya que había tropezado y caído en varias ocasiones. Pero a Mujer parecía no afectarle mi vejez. No le importaba en absoluto porque no dejaba de amarme a pesar de mi invalidez progresiva. Entonces mi di cuenta de algo asombroso que, por el contacto diario con su persona no lo había percibido. ¡Ella no había envejecido! No había llevado la evolución natural que todo ser humano sigue con el pasar de los años. Se lo manifesté y como de costumbre no obtuve respuesta, sólo una adorable sonrisa plena de bondad que iluminó todo su rostro.

Mi estado físico iba de mal en peor. Una noche tuve fuertes dolores en la parte alta del vientre, y al palparme el abdomen con la intención de aliviarme, noté que un tumor había bajo mi piel. A la mañana siguiente le revelé mis temores a Mujer. Ella no quiso palpar mi vientre y llamó a un médico. En esa época teníamos un teléfono en la casa. Acudió un facultativo que me interrogó y después de examinarme se retiró a la pieza vecina donde aguardaba mi mujer. Hablaron en voz cuchicheada. Antes de retirarse se despidió de mí y me aconsejó que, si tenía dolores intensos, podía recurrir a los medicamentos que había recetado.

Quedé pensativo. En ningún momento su rostro expresó optimismo.

Pasaron las semanas, después, meses y caí en un sopor que apenas me mantenía conciente. Tuve la certidumbre de que me iba a morir.

Una noche mi mujer estaba sentada al lado mío y perdí gradualmente la capacidad de percibir las cosas que me rodeaban. Sentí cómo me desprendía de mi cuerpo que permanecía yerto allá abajo, en la cama. Estaba fuera de él y flotaba en la habitación. Entonces Mujer me tomó de la mano y me dijo quedamente: Ya es hora de partir.

Volemos a la Luz.

Fin





# Otros títulos en esta colección

---

- 01 El sol con imagen de cacahuete
- 02 El valle de los elfos de Tolkien
- 03 El palacio
- 04 El mago del amanecer y el atardecer
- 05 Dionysia
- 06 El columpio
- 07 La trapecista del circo pobre
- 08 El ascensor
- 09 La montaña rusa
- 10 La foresta encantada
- 11 El Mágico
- 12 Eugenia la Fata
- 13 Arte y belleza de alma
- 14 Ocho patas
- 15 Esculapis
- 16 El reino de los espíritus niños
- 17 El día en que el señor diablo cambio el atardecer por el amanecer
- 18 El mimetista críptico
- 19 El monedero, el paraguas y las gafas mágicas de don Estenio
- 20 La puerta entreabierta
- 21 La alegría de vivir
- 22 Los ángeles de Tongoy
- 23 La perla del cielo
- 24 El cisne
- 25 La princesa Mixtura
- 26 El ángel y el gato
- 27 El invernadero de la tía Elsira
- 28 El dragón
- 29 Navegando en el Fritz
- 30 La mano de Dios
- 31 Virosis
- 32 El rey Coco
- 33 La Posada del Camahueto
- 34 La finaíta
- 35 La gruta de los ángeles
- 36 La quebrada mágica
- 37 El ojo del ángel en el pino y la vieja cocina
- 38 La pompa de jabón
- 39 El monje
- 40 Magda Utopia
- 41 El juglar
- 42 El sillón
- 43 El gorro de lana del hada Melinka
- 44 Las hojas de oro
- 45 Alegro Vivache
- 46 El hada Zudelinda, la de los zapatos blancos
- 47 Belinda y las multicolores aves del árbol del destino
- 48 Dos puentes entre tres islas
- 49 Las zapatillas mágicas
- 50 El brujo arriba del tejado y las telas de una cebolla
- 51 Pituco y el Palacio del tiempo
- 52 Neogénesis
- 53 Una luz entre las raíces
- 54 Recóndita armonía
- 55 Roxana y los gansos azules
- 56 El aerolito
- 57 Uldarico
- 58 Citólisis
- 59 El pozo
- 60 El sapo
- 61 Extraño aterrizaje
- 62 La nube
- 63 Landrú

# CUENTOS PARA ENTRETENER EL ALMA

---

- 64 Los habitantes de la tierra
- 65 Alfa, Beta y Gama
- 66 Angélica
- 67 Angélica II
- 68 El geniecillo Din
- 69 El pajarillo
- 70 La gallina y el cisne de cuello negro
- 71 El baúl de la tía Chepa
- 72 Chatarra espacial
- 73 Pasado, presente y futuro mezclados en una historia policroma dentro de un frasco de gomina
- 74 Esperamos sus órdenes General
- 75 Los zapatos de Fortunata
- 76 El organillero, la caja mágica y los poemas de Li Po
- 77 El barrio de los artistas
- 78 La lámpara de la bisabuela
- 79 Las hadas del papel del cuarto verde
- 80 El Etéreo
- 81 El vendedor de tarjetas de navidad
- 82 El congreso de totems
- 83 Historia de un sapo de cuatro ojos
- 84 La rosa blanca
- 85 Las piedras preciosas
- 86 El mensaje de Moisés
- 87 La bicicleta
- 88 El maravilloso viaje de Ferdinando
- 89 La prisión transparente
- 90 El espárrago de oro de Rigoberto Alvarado
- 91 El insectario
- 92 La gruta de la suprema armonía
- 93 El Castillo del Desván Inclinado
- 94 El Teatro
- 95 Las galletas de ocho puntas
- 96 La prisión de Nina
- 97 Una clase de Anatomía
- 98 Consuelo
- 99 Purezza
- 100 La Bruja del Mediodía
- 101 Un soldado a la aventura
- 102 Carda, Cronos, y Cirilo
- 103 Valentina
- 104 Las vacaciones de un ángel
- 105 Ícara
- 106 Las pintorescas aventuras de Adalgisa, condesa de Bosque Verde
- 107 El viejo del saco
- 108 La coronación de Airolga
- 109 Cinisca
- 110 La dulce sonrisa de Aristodella
- 111 Bluewood
- 112 El misterio de la gruta aspirativa
- 113 El Castillo de los Duendes
- 114 El Jardín de Hada
- 115 El Castillo de los vikingos
- 116 El monstruo del río Abuná
- 117 La Alquimia de tres doncellas
- 118 La Casa vacía
- 119 El Bosque Encantado
- 120 El Desfile Onírico
- 121 El Templ Curativo de Yi Sheng
- 122 El Soldado ruso
- 123 El Taco
- 124 El Vendedor Ambulante



 **creative  
commons**



Atribución - NoComercial - SinDerivadas 2.0

Unless otherwise specified,  
all content is made available  
under the Creative Commons License.

Inscripción Registro de Propiedad Intelectual N° 37100. Chile.  
© Fernando Olavarría Gabler.